

reportaje

FRANCISCO LUNA Y CRISTINA ELORZA • Educadores de Secundaria e Infantil. • Correo-e: fluna@euskalnet.net
cristinaelorza@irakasle.net • Fotografías de Joseba

Criaturas de meses y pequeños de hasta tres años comparten y crecen en un mismo espacio, organizado con criterios educativos. Pertenecen a la Escuela Infantil Sansomendi, de Vitoria-Gasteiz, de la red de escuelas infantiles municipales que lleva 35 años funcionando en la capital vasca. Las educadoras, que funcionan por parejas, estimulan y alientan el desarrollo de los pequeños, pero sin anticiparse ni obligarlos, siguiendo el ritmo de cada niño y niña, en un ambiente de seguridad y afectividad.



Educación Infantil: educar en pareja



June, de nueve meses, se entretiene en la zona de juegos de la sala de cunas.



La "cesta de los tesoros" es un momento de descubrimiento y manipulación.

Rafael y June, de diez meses, sentados junto al gran ventanal que da acceso al patio de la escuela, juegan con una campana y una sonaja. De pronto, se quedan parados y con cara de sorpresa miran a varios gorriones y palomas que, desde el alféizar del ventanal, bajan a comer las migas dejadas en el patio. A continuación vuelven insistentemente la cara hacia el resto del grupo y gatean hasta tocar el cristal, donde hacen esfuerzos para ponerse de pie. Rafael se da media vuelta y vuelve al centro del espacio donde María José Armendáriz y Petri Yáñez, las dos educadoras del grupo, están cantando una canción infantil en euskera.

Es un espacio lleno de colorido, abrigado en parte por una sugerente gasa rosa colgada del techo y con un suelo alfombrado de llamativos colores y cubierto parcialmente por almohadas, grandes muñecos y objetos de diferentes tipos que sirven como estímulos visuales y táctiles a los diez bebés que forman el grupo de cunas. Mientras, Helena y Julen, de once meses, se miran en el gran espejo que cubre una de las paredes de este espacio de juego, Pablo gatea fuera de la valla que lo circunda, atraído por las tapas de botes esparcidas por el suelo.

Salvo cuatro bebés que llegan a las 7,30, la mayoría viene entre las 9 y 9,30. Son recibidos por las educadoras y comentan con las familias cómo han pasado la noche, cómo han desayunado, si hay que darles el biberón, a qué hora quieren la comida. Oscar, el padre de June y Mara, dos gemelas de nueve meses, les explica que June ha pasado una mala noche y que quizás tenga sueño. "Es una relación muy individual, dice María José, y todo está en función de las necesidades de cada niño. Por ejemplo, todos los días tenemos planificado cantar dos o tres canciones, pero si alguno está dormido, lo tenemos en cuenta para hacerlo en otro momento. Les masajeamos y les estimulamos con movimientos que les gustan mucho, y, aunque sean pequeños, los ponemos en situaciones de encuentro, en las que ellos escuchan, y si quieren irse, pueden marcharse a otra zona de la sala".

Las caricias y los gestos de atención son constantes. Rafael, que ha llegado a las 7,30, muestra síntomas de tener sueño. Una de las educadoras lo lleva a dormir a una habitación anexa a la sala, donde cada uno tiene una gran cuna con su nombre y sus pertenencias. Mientras hablamos con la otra educadora, la peque-

ña Helena sale gateando del rincón de juegos y se dirige hacia ella. Llama su atención y con cierto esfuerzo se pone de pie y se encarama a sus piernas, para terminar en sus brazos.

En Sansomendi tienen claro que son un servicio educativo. “Partimos, señala la directora, Marisa del Hoyo, de una concepción integral del niño y de la niña como persona, con sus necesidades físicas, afectivas y emocionales específicas”. Afirma que el currículo a estas edades pretende desarrollar un trabajo basado en principios metodológicos que tienen “el juego como principio de actividad, un enfoque globalizador y la creación de ambientes de seguridad y afectividad”.

Las educadoras presentan, por medio de una canción, una actividad que suelen realizar un par de veces a la semana y que les gusta mucho: la cesta de los tesoros. Casi todos los bebés se acercan con interés y comienzan a coger objetos: esponjas de diferentes texturas, caracolas, botes con piedras, campanas... “Es una situación de encuentro, señala María José, pero luego cada uno decide si quiere estar aquí con todos, o no. Ahora todo es manipulación, intentamos que se den cuenta de que hemos sacado algo diferente para que se sorprendan, y por eso no son los mismos materiales que encontrarán en otros momentos de la jornada”. Cuenta que el material del aula, los juegos e incluso los espacios van cambiando en función de la época del año o que hay objetos a los que los mismos bebés les han dado un uso distinto del inicialmente pensado: “el cajón del rincón, señala a modo de ejemplo, se pensó para que gatearan, pero resulta demasiado alto y lo utilizan para apoyarse y levantarse”.

Algo que tienen muy claro es que no hay que ponerlos en situaciones que los bebés no controlen: “las personas adultas, dice María José, tenemos mucha tendencia a anticiparnos, a ponerlos de pie, a obligarlos a gatear, a darles las manitas para que caminen. Nosotras estamos presentes y los ayudamos a hacer ese camino, pero son ellos los que deben iniciar el proceso de girarse, gatear... auténticas conquistas para todos. No adelantarse ni obligarlos, sino situarse ante cada niño e ir reconociendo qué le pasa cuando llora, cuando te reclama, qué necesidades tiene realmente”.

En este ambiente de calma, el tiempo fluye lentamente; sin embargo, las educadoras están siempre pendientes de lo

que pasa, de si algún niño o niña necesita atención específica: dan masajes, les cantan, los hacen reír o les cambian el pañal. A las 12 llega el momento en el que Petri, una de las educadoras, empieza a preparar las comidas que traen de casa: yogur, compota de manzana o un biberón preparado con harina de plátano macho para un niño de procedencia colombiana. Lo hace en una pequeña cocina situada en un lateral de la sala, equipada con microondas, frigorífico y una cocina de gas, donde calienta al baño María algunos purés. Julen y Pablo, de pie y agarrados a la pequeña puerta que da acceso a la cocina, observan expectantes y con cierta inestabilidad el quehacer de su educadora.

En un lateral de la sala hay un espacio dedicado a las familias, con libros y materiales que pueden hojear, y en los que encuentran pequeños consejos e ideas que las educadoras proponen que se tengan en cuenta a estas edades. También tienen un cuaderno donde van apuntando los logros que van alcanzando y los datos de su evolución, que luego comentan con las familias.

ha comido cada uno de los bebés. Tras la comida hay un momento de tranquilidad en la que algunos van a dormir y otros se entretienen en el rincón de los juegos.

Un proyecto de centro

La música navideña invade la escuela por todos sus rincones: guirnaldas, brillantes bolas de cristal, árboles de Navidad y Olentzoros, un personaje mítico de la navidad vasca, se despliegan por todos los espacios e inundan de alegría la cara de las criaturas que corren y juegan en las múltiples áreas que forman esta escuela infantil. Varios jardines interiores, que cuidan las propias educadoras, y el hall de entrada al centro separan la zona de los mayores, las criaturas de dos años, de la zona de los más pequeños (los de 18 meses, gateo y bebés). Todas las aulas están bien surtidas de materiales y cada una es distinta en su organización y decoración. Se han eliminado las bisagras de las puertas, que presentan medidas de seguridad muy recurrentes para evitar que los niños y niñas se pillen los dedos de las manos.

Red de escuelas infantiles de Vitoria-Gasteiz

El Departamento Municipal de Educación de Vitoria-Gasteiz tiene dos servicios: el de Escuelas Infantiles y el de Programas Educativos. Este último incluye la oferta educativa que el ayuntamiento brinda, tanto a los centros escolares, que son sus principales destinatarios, como a la ciudadanía en general.

En Vitoria-Gasteiz hay veintidós Escuelas Infantiles públicas en funcionamiento. El ayuntamiento gestiona directamente las dieciséis escuelas 0-3 que componen la red municipal. Esta Red surgió con la normativa de guarderías laborales de 1974 y en este momento atiende a 1.400 niños, en 86 aulas, con más de 200 educadoras. El ayuntamiento, además, se encarga de la limpieza, vigilancia y mantenimiento de otros seis centros gestionados por el Consorcio Haurreskolak del Gobierno Vasco. Se están construyendo dos escuelas anuales de media, cuya gestión desde 2003 se cede a este Consorcio, que atiende a niñas y niños menores de dos años.

El ayuntamiento, que cuentan con su propio Consejo Escolar de Red, destaca el carácter eminentemente educativo de sus centros y el hecho de que tienen unas 300 familias en lista de espera, para los grupos de bebés y gateo.

Mientras Edison, que se acaba de levantar, se entretiene en el rincón con la cesta de los tesoros, las educadoras colocan a cuatro de los bebés en las tronas preparadas para la comida. Rafael y Mara comen sin dificultad, atentos a los juegos que cuelgan del techo. June, que ha estado enferma estos últimos días, no quiere comer y coge un pequeño berrinche que obliga a cogerla en brazos para calmarla. Las educadoras apuntan en la tabla colocada en la entrada de la sala como

En la sala de reuniones del profesorado, catorce padres y madres están preparando la fiesta de Navidad. Encima de la mesa tienen desplegado un gran cartel que servirá de escenario para los títeres; a través de ellos contarán la historia de Olentzero. Los padres y madres presentes explican que están muy satisfechos con la labor del centro y que muchos de ellos están implicados en diferentes actividades que se organizan a lo largo del curso.

Según la directora, “La organización es-

Condiciones laborales de las educadoras

El personal educador de la red municipal tiene una jornada laboral de 197 días lectivos, es decir, un total de 1480 horas al año en el centro. Este horario incluye 40 horas de formación anuales, 197 de complementarias y otras 60 de organización a principios y a finales del curso. Semanalmente trabajan 35 horas, lo que supone siete horas diarias, de las que seis están con niños. Esta dedicación incluye también horario de comedor ya que es el propio personal educador quien interviene en comedor y siesta.

La gran mayoría del equipo de la escuela Sansomendi tiene titulación de Magisterio con especialidad en Educación Infantil. La formación permanente se realiza algunos años en el centro, a partir de los temas que ven prioritarios en el equipo, y otros años se reúne todo el profesorado de la red durante varios días de julio. Algunos temas recientes han sido la relación con las familias y la educación emocional.

Las educadoras valoran mucho la colaboración de un importante número de familias que se implican en la decoración, la dinamización de fiestas y otras iniciativas.

colar facilita la comunicación informal y diaria con las familias en los momentos de entrada y salida, con el fin de conocer tanto las circunstancias diarias que afectan a los niños y niñas, como a aspectos de cuidados y atenciones físicas, emocionales y afectivas derivados de su adaptación y tránsito al medio escolar. Además, de una manera sistemática y estructurada, existe una comunicación formal con las familias a través de entrevistas individuales y reuniones de sala".

La escuela, que está abierta desde las 7,30 h. hasta las 5,30 h. de la tarde, acoge a 122 niños y niñas, desde los cuatro meses hasta los tres años. Están organizados en ocho grupos: uno de cunas con diez bebés, otro de gateo con trece criaturas de un año; dos grupos de dieciocho meses con quince pequeños y cuatro grupos de dos años con una ratio de dieciocho niños y niñas. No está permitido que ninguna criatura esté en el centro más de ocho horas.

Tienen dos comedores, atendidos por una cocinera y una ayudante, donde comen 54 niños y niñas. En uno de ellos se atiende a once pequeños de dieciocho meses, algunos de los cuales empiezan a comer con cuchara, "aunque, como señala la directora, no siempre atinan en la boca y por eso las educadoras se van moviendo de un sitio a otro para poder atenderlos". En el comedor "grande", en el que caben 24 niños y niñas, con pequeñas mesas y sillas, comen un menú elaborado en el propio centro, que las familias conocen a través de las fotografías de los tres platos del día expuestas en el hall de entrada al centro. La mayoría de los que van a casa a comer, no suelen volver por la tarde.

Las 23 educadoras que atienden a las criaturas trabajan seis horas diarias, con horarios que van combinándose para poder atender el centro durante las diez horas que está abierto. Hay reducciones de jornada y complementos, de forma que si una educadora tiene media jornada, hay otra que la complementa o refuerza los tiempos de comidas o de salida de los pequeños.

Además, dedican una hora, a la que denominan complementaria, a planificar el día a día, a coordinarse con la pareja educativa o rellenar los informes que se archivan en el expediente individual con el que se hacen las reuniones con las familias. Además, todas las semanas hay una hora de coordinación de todo el equipo de la escuela en la que se informa de los temas tratados en la reunión mensual de coordinación de todas las escuelas infantiles municipales de Vitoria-Gasteiz o se debaten y planifican proyectos comunes.

Blanca Guerrero, directora del departamento de Educación del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, señala que, "el ayuntamiento financia el 80% de las escuelas infantiles; un 16%, el Gobierno Vasco y aproximadamente un 5% las familias. Existe, además, un sistema de becas y once tramos de pago que llegan hasta la gratuidad total, con lo que sólo se recauda un 8% del coste de las escuelas". Añade que, en Vitoria-Gasteiz, conviven dos sistemas públicos: el íntegramente municipal y el mixto municipal-Gobierno vasco y entre ambos "hay ciertos roces".

Aula de dos años

"Érase una vez un abuelo que en su huerto sembró una zanahoria y dijo: ¡crece grande! Cuando la zanahoria creció, agarró la zanahoria y tiró, tiró y tiró, pero la zanahoria no salía porque... ¡¡estaba firme en la tierra!! gritan todos los niños y niñas del grupo de dos años. Entonces, continúa Montse Meana, la educadora, casi en un susurro que obliga a un total silencio: "el abuelo llamó a la abuela, la abuela cogió al abuelo, el abuelo a la zanahoria y tiró y tiró, pero no salía porque... ¡¡estaba firme en la tierra!! vuelven a responder todos levantando los brazos y haciendo fuerza. El cuento continúa llamando al nieto, a la nieta, al perro, al gato y finalmente al más chiquitín, el ratón, hasta que finalmente entre todos logran sacar la zanahoria, lo que provoca una

gran algarabía y que algunos, alborozados, salten de alegría y se abracen.

Tras este momento del cuento, que suelen llevar a cabo todos los días antes de comer en su propia aula, los dieciocho niños y niñas del aula de dos años organizan las mesas y acercan sus pequeñas sillas. “Nosotros comemos en la clase, y nos parece una experiencia positiva, ya que para ellos todo fluye de manera natural y comer es una continuación de la actividad anterior, no una ruptura. Todo es mucho más tranquilo”, afirma Montse, mientras le pregunta a Maialen, una niña de dos años y medio, si hoy va a comerse todo.

Montse lleva tres cursos como pareja educativa con Antonio Rifón, el único chico que trabaja en esta escuela. Su grupo lo forman niños y niñas que están con ellos desde los cuatro meses y otros que se han ido incorporando al grupo en los siguientes cursos. Esta continuidad les parece una “gozada, algo que hay que aprovechar al máximo. Es muy importante en estas edades saber de dónde vienen, conocer las dificultades por las que han pasado para llegar a andar, a moverse con mayor autonomía, a hablar”. Reconocen que para trabajar como pareja es preciso tener una

buena sintonía, que ellos basan en el respeto y la coherencia. Cuenta Montse que “algunos niños siempre van con él, y otros, con ella; pero lo importante es vivir esas elecciones de manera natural”.

Tras un primer momento de juego libre, el día suele iniciarse con un encuentro para cantar, ver quienes han venido o felicitar a quien cumple años, como hoy las mellizas Jimena y Andrea que han recibido como regalo un pequeño ratón de tela. Cuenta Montse que son un grupo que sale mucho al patio, “le damos mucha importancia al proceso de ponerse y quitarse la ropa, encontrar los botones, ponerse la bufanda”. La mayoría ya no lleva pañal y controla, por eso también prevén momentos para ir al baño y lavarse las manos. Tras el cuento, a las 12 es la hora de la comida, momento en el que siete pequeños se marchan a casa a comer; algunos de ellos vuelven por la tarde. Los que se quedan echan la siesta durante una hora u hora y media, “aunque algunas familias prefieren llevárselos a dormir a casa, cuenta Antonio, porque pueden hacer una siesta más larga”.

Según Montse: “a estas edades hay que aprender a estar con ellos, captar su ritmo, su propia respiración. Sabemos que en la

medida en que nosotros tenemos calma, ellos también porque lo notan y se transmite, se respira. Hay que entender que aunque a veces haya mucha actividad no hay excitación, sino que moverse es algo que ellos necesitan”.

Cuentan que en los niños pequeños es difícil percibir con precisión cómo van a ser de mayores, “se aprecian matices que hay que ir modelando, señala Montse. Hay un saber estar que creo que sí se mantiene, se perciben temperamentos y caracteres. Es un mundo en pequeño en el que cada uno va ocupando su espacio: algunos han aprendido a esperar, otros son impacientes e impositivos, invasores o sufridores y los hay que pretenden conseguirlo todo gritando. Pero nos esforzamos para que las expectativas no nos condicionen, es en eso en lo que hay que ayudarlos, educarlos, guiarlos para que algunos salgan de su ensimismamiento”.

Blanca Guerrero, responsable de educación del Ayuntamiento, reconoce que en Vitoria-Gasteiz se da una cierta paradoja con las aulas de dos años: “nuestras escuelas infantiles llevan 35 años funcionando y sólo hace cuatro años que se empezaron a abrir aulas de dos años del Gobierno Vasco. Esto ha ocasionado que actualmente, para estas edades, haya más oferta que demanda, que se haya desperdado la demanda, y que nuestras escuelas vayan perdiendo niños de dos a tres años, mientras que hay lista de espera para criaturas de cero y un año. Hoy por hoy, no sabemos si ambas redes confluirán en el futuro o mantendremos la red por separado”.

Son las doce y media, Oscar viene a recoger a sus hijas June y Mara, gemelas del grupo de cunas. Afirma que “vuelven muy contentas, dando patadicas. Notamos que están a gusto, que las quieren y que las cuidan bien”. Cuenta que tuvieron suerte y que, al ser un embarazo gemelar, obtuvieron plaza directa, “ya que hay mucha demanda para entrar y es muy difícil conseguir plaza en este grupo”. No tienen ninguna duda: el próximo curso las volverán a traer, y además, se quedarán en el comedor, “a ver si aprenden a comer bien, dice, porque mientras que June se escuda en el sueño para no comer nada, la otra, por el contrario, es una lima”. Las educadoras se despiden de ellas con besos y carantoñas y mientras se dirigen a la salida de la escuela, las pequeñas levantan los bracitos y se despiden hasta mañana.



Dos bebés del grupo de cunas saludan a un niño del grupo de gateo.